

## La otra España Negra. De la novela policíaca de enigma al realismo social más crudo y descarnado.

Por JESÚS EGIDO

*La reciente publicación de dos libros -"La Gran Bruma", de Juan Pedro Aparicio, y "No acosen al asesino", de José María Guelbenzu- es una buena noticia para la novela negra española. Este género literario, que gozó de su máximo esplendor en la década de los 80, cuando la incipiente democracia permitió a algunos autores hurgar en las facetas más oscuras del Poder y la sociedad, ha ido decayendo paulatinamente conforme el realismo perdía pujanza en la literatura escrita en español.*

La influencia de las últimas novelas de Guelbenzu y Aparicio en la salud del género policíaco español no es más que una anécdota. Lo realmente importante para la Literatura es la calidad de ambas obras, porque los géneros no existen o, al menos, como dijo Croce, "afirmar que un libro es una novela, una alegoría o un tratado de estética reviste, más o menos, el mismo valor que decir que tiene las tapas amarillas y que podemos encontrarlo en el tercer anaquel de la izquierda". Más claro: según la tesis de Óscar Wilde sólo hay dos géneros de libros, los que están bien y mal escritos.

El hecho de que dos narradores de prestigio hayan elegido argumentos policíacos para escribir sus dos últimas obras puede estar ligado a la búsqueda de mayor número de lectores, en una tradición literaria emprendida por Mario Lacruz o Francisco García Pavón y que ha sido secundada más recientemente por novelistas como Juan Marsé, Juan Benet o el académico Antonio Muñoz Molina.

Raymond Chandler, el creador del mítico detective Philip Marlowe, escribió: "Que se me muestre a alguien incapaz de soportar la novela policíaca: se tratará, sin duda, de un mentecato, un mentecato inteligente -es posible- pero de todos modos un mentecato".

"La Gran Bruma" y "No acosen al asesino" no sólo son soportables. Enganchan al lector desde las primeras páginas. Tal vez eso, por encima del género que las une, sea su mayor coincidencia. Porque la novela de José María Guelbenzu responde a la antigua tradición del relato de enigma psicológico, mientras que la de Juan Pedro Aparicio se ajusta más a lo que se entiende por novela negra, en la que la investigación detectivesca pura y dura compite con la atmósfera de corrupción en la que se ambienta el relato.

En "No acosen al asesino" Guelbenzu plantea un duelo mental entre el asesino Carlos Sastre -se le desvela su identidad al lector en las primeras páginas- y la jueza de instrucción de un pueblo cántabro que investiga el crimen, Mariana de Marco. Los personajes pertenecen a la alta burguesía, parafrasean a los poetas metafísicos del siglo XVII y en sus diálogos un poco precipitados hacen referencia a la nouvelle cuisine y a los narradores ingleses del XIX.



El periodista Jesús Egido

Frente a esta novela de salón, la de Aparicio es de calle. Aparicio utiliza la búsqueda por encargo de un policía desaparecido para que su inspector Gonzalo Malo Malvido se adentre en esa Gran Bruma tejida por el Poder para guarecerse de sus propios abusos, que da título al libro. Ambientada entre Madrid y Marbella, la galería de personajes es más heterogénea y, sin renunciar a un inicio próximo a lo fantástico, deriva hacia un realismo en ocasiones desgarrado para componer un retrato de la sociedad actual, en donde sólo el sentido del humor alivia la amargura latente.

### El género de Poe

Sin Mario Lacruz y Francisco García Pavón es posible que no existieran el inspector de Policía Gonzalo Malo Malvido ni la jueza de instrucción Mariana de Marco. Pero sin Edgar Allan Poe sería difícil que hubieran aparecido estos dos personajes de ficción y otros más como Sam Spade o Philip Marlowe que hoy forman parte de la cultura popular gracias también a sus adaptaciones cinematográficas.

El norteamericano Edgar Allan Poe inauguró en abril de 1841 la novela policíaca con el relato "Los crímenes de la calle Morgue", en donde el caballero Charles Auguste Dupin resolvía las extrañas muertes de dos mujeres asesinadas en una habitación cerrada por dentro e inaccesible. De acuerdo con la tesis de Jorge Luis Borges, "Poe no quería que el género policial fuera un género realista, quería que fuera un género intelectual, un género fantástico si ustedes quieren, pero un género fantástico de la inteligencia".

Prueba de ello es que para evitar que los lectores norteamericanos comparasen los personajes de "Los crímenes de la calle Morgue" y los escenarios del relato con la realidad cercana que ellos conocían, el autor traslada la acción a un barrio desierto de París, más cómodo y desahogado para su imaginación, en opinión de Borges. Sin ser consciente de haber inven-

tado un género, Poe abrió camino a numerosos autores de tramas policíacas, como Wilkie Collins, Arthur Conan Doyle o Gilbert K. Chesterton, creadores de personajes como Sherlock Holmes o el Padre Brown, tan admirado éste por Borges, quien veía en los cuentos del cura investigador de Chesterton un mundo de relatos fantásticos resueltos desde el análisis lógico.

Este componente fantástico aparece también en la primera novela española que puede ser considerada policíaca, “El clavo” (1853), de Pedro Antonio de Alarcón, y se mantiene en “La incógnita” (1889), de Benito Pérez Galdós, ambas basadas en sucesos reales recogidos por la Prensa. Pero las dos carecen de una solución racional similar a la ofrecida por los autores anglosajones o franceses de novelas detectivescas de enigma. Un elemento que sí destacará en numerosos relatos de intriga publicados por Emilia Pardo Bazán a partir de 1902: “El aljófár”, “De un nido”... En “La gota de sangre” (1911) la protagonista de este cuento de la Bazán descubre al asesino a partir de observar la mancha de sangre que un hombre lleva en la camisa.

En los primeros años del siglo XX, más que un género policial existía un lector de ficciones policíacas, capaz de consumir productos de intriga que, al margen de su calidad, le proporcionaban una distracción fácil. Sus autores se ajustaban perfectamente a la tesis de Luis Cernuda, para quien “una cualidad esencial en el novelista es la de entretener al lector”. El exquisito poeta español de la Generación del 27 apoyaba su teoría en el prólogo de Cervantes a sus “Novelas Ejemplares”: “Que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificadlos que sean: horas hay de recreación donde el afligido espíritu descansa”.

Eso sí, para Cernuda el entretenimiento debe conseguirse “pulcra y seriamente, sin concesiones mercenarias al gusto vulgar: a la facilidad, a la superficialidad, al efectismo”. Y como ejemplos de ese logro cita a Shakespeare y, de nuevo, a Cervantes.

### **Realismo negro**

Entre la Primera y Segunda Guerra Mundial Estados Unidos sufre una profunda crisis económica, que se verá reflejada en las novelas de John Steinbeck, Ernest Hemingway, John Dos Passos o William Faulkner. Al menos los tres primeros implantarán el realismo social cargado de denuncia y, en el caso de Dos Passos, con una clara perspectiva desde la izquierda. Todos ellos usan en más de una ocasión el género policíaco, pero en lugar de buscar la resolución de un enigma describen las grietas de un sistema político generador de violencia, un sistema de Justicia injusto y enormes diferencias entre clases sociales. Truman Capote dará el mejor ejemplo de esta tendencia narrativa en su obra maestra “A sangre fría”

Por esa misma época, un miembro del Partido Comunista norteamericano, Samuel Dashiell Hammett -que años después sería represaliado por la caza de brujas que el senador MacCarthy tendió sobre el cine de Hollywood-, publica “El Agente de la Continental” (1923). Hammett utiliza la técnica literaria de los relatos populares de detectives, con un lenguaje claro y directo, para reflejar también esa violencia social y la

corrupción que afectaba al Poder. Su obra sigue siendo reeditada y estudiada hoy en día, por más que a su muerte en 1961, el gran poeta español Cernuda, impresionado por el fervor que observaba hacia el autor norteamericano en los ambientes literarios e intelectuales franceses, se preguntara si su literatura perduraría con el paso del tiempo. Sus reflexiones no tienen desperdicio: “en sus momentos mejores -escribe Luis Cernuda-Hammett nos parece superior a otros escritores que pasan por estar destinados a sobrevivir a su tiempo, como por ejemplo Hemingway y hasta Faulkner, tan aburridos ambos en mi experiencia de lector, aun admitiendo la diferencia de valor que, a favor del segundo, hay entre él y Hemingway”.

Crítico y desgarrado, detective de la agencia Pinkerton hasta que ésta comenzó a dedicarse a reprimir las protestas obreras, Dashiell Hammett elevó el género policíaco de categoría literaria y le proporcionó una perspectiva sociológica que nunca había tenido.

Los crímenes salen de los grandes salones de la burguesía y bajan a la calle, llegan a los centros de poder, a los dignatarios políticos que se mezclan sin el menor pudor con los gánsters para lograr sus objetivos. La intriga deja de ser el núcleo primordial de las narraciones y la preferencia recae sobre los personajes y la atmósfera, ese ambiente sutil y opresivo de sombras que crean a su alrededor los más poderosos y que Juan Pedro Aparicio ha dado en llamar la “Gran Bruma”. Había nacido la novela negra, hija del realismo literario y de los mismos cambios sociales que llevaron a León Tolstoi a escribir “Resurrección” y a Joseph Conrad “Bajo la mirada de Occidente” o “El agente secreto”.

La proliferación de autores y novelas policíacas de aguda crítica social -Raymond Chandler, Chester Himes, James M. Cain, Jim Thompson...- llevaría al francés Marcel Duhamel a crear en 1945 una colección literaria donde publicarlas. Editada con cubiertas negras se denominó *Série Noire*, término que sería rápidamente aceptado. Al menos en Europa.

En uno de los primeros volúmenes, Duhamel escribe que en los títulos de su colección “el aficionado a los enigmas a lo Sherlock Holmes a menudo no encontrará en ellos lo que busca. Y tampoco un optimismo sistemático. La inmoralidad, además, es admitida generalmente en esta clase de obras con el fin de que sirva de contrapeso a la moral tradicional y la encontraremos en igual medida que los buenos sentimientos y que la amoralidad misma. Su espíritu rara vez es conformista. Leeremos acerca de policías más corrompidos que los malhechores a quienes persiguen. El simpático detective no siempre logra descubrir el misterio. A veces ni siquiera hay misterio. Y otras, ni siquiera un detective. Pero, ¿entonces...? Entonces sólo queda la acción, la angustia, la violencia -bajo todas sus formas, en especial las más viles-, la tortura y la masacre...”

El afán comercial exagera un poco la mano de Duhamel cuando escribe esas líneas. Además olvida mencionar la poesía interna de muchas de las novelas negras, su pretensión reivindicativa y el humor, un sentido del humor perenne y que se refleja en diálogos como el que mantiene en “Playback” Philip Marlowe -el detective de Raymond Chandler- con la mujer con quien se acaba de acostar. Ella le pregunta: “¿Cómo siendo tan duro resultas tan tierno?”. Contesta Marlowe: “Si no fuera duro no estaría vivo. Si no pudiera resultar tierno no merecería estar vivo”.

## **La España oscura**

Para Borges la novela policial, “leída con cierto desdén ahora, está salvando el orden en una época de desorden”. Por tanto, no es extraño que la desordenada novela negra no fuese de su gusto: “Actualmente -confiesa el autor de “El Aleph”-, el género policial ha decaído mucho en Estados Unidos. El género policial es realista, de violencia, un género de violencias sexuales también”.

La vocación de hombre de orden del gran escritor argentino - que no le ha impedido ser el autor preferido del actual secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero-, le lleva a contestar a la novela negra con una serie de libros detectivescos tradicionales, escritos en solitario o en colaboración con Adolfo Bioy Casares y la esposa de éste, Silvina Ocampo. Eso permitirá a Argentina ser uno de los pocos países de ámbito hispano, junto a Cuba, en donde la literatura policíaca ha gozado de buena salud durante el siglo pasado.

El caso cubano es diametralmente opuesto. En la isla caribeña, el relato criminal sí adopta el carácter crítico de la novela negra norteamericana, asumiendo los idearios ideológicos de la revolución castrista. Entre sus autores destacan Ignacio Cárdenas Acuña, Justo E. Vasco y Alberto Molina, promotor de la Asociación Internacional de Escritores Policíacos y fundador de la revista “Enigma”.

Cuba se vale de su proximidad a Estados Unidos para absorber la nueva corriente policíaca. La lejana España tiene peor suerte, porque el franquismo y su blindaje hacia todo lo que proceda del exterior multiplica esa distancia kilométrica. Hasta los años 50 la narrativa detectivesca será practicada casi exclusivamente por autores de quiosco que firman novelas populares, en muchas ocasiones con sonoros pseudónimos norteamericanos, fieles a los patrones anglosajones de éxito. Los protagonistas también suelen tener nombres extranjeros y la acción transcurre, salvo excepciones, en Estados Unidos o Londres.

La opresión ejercida por el franquismo no casaba bien con la literatura realista impuesta por la novela negra norteamericana. Al Régimen no le gustaba leer relatos sobre la España oscura y así, mientras en Francia o en Italia esta nueva corriente detectivesca heredera de Hammet sí logra autores autóctonos, la Península Ibérica se mantiene virgen a esa influencia.

Así, la lista de autores españoles de detectives con pseudónimos foráneos es larga y en ella se esconden nombres como el de José Mallorquí, popular por su western mexicano “El Coyote”, Francisco Caudett (alias Frank Caudett), Juan Gallardo Muñoz (Donald Curtis), Luis Conde Vélez (Lewis E. Welleth) o el posteriormente Premio Planeta Francisco González Ledesma, que llegó a firmar más de doscientas novelitas populares como Silver Kane.

Habrá que esperar a 1953 para que Mario Lacruz se atreva a romper esa inercia con “El inocente”, en la que un personaje de la alta burguesía catalana huye de la policía barcelonesa por un crimen que no ha cometido. Novela psicológica de compleja estructura, que pesa demasiado sobre la fluidez del relato, en ella sí aparece la opresión social de un estado ajeno a las libertades.

Ese mismo año, el ex policía Tomás Salvador publica “El charco”, a la que seguirá “Los atracadores” (1955), y casi al mismo tiempo Francisco García Pavón logra el favor del público y de la crítica con los casos de su personaje Plinio, jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso e inseparable compañero del boticario don Lotario. Con “El reinado de Witiza”, García Pavón queda finalista del Premio Nadal -lo conseguirá dos años más tarde, en 1969, con “Las hermanas coloradas”- y gana el Premio de la Crítica.

Su pasión por el comisario Maigret de George Simenon se refleja en el estudio psicológico de los personajes, aunque añade dosis de humor un tanto burdo o castizo. Plinio sí observa con cierto criticismo los cambios sociales de aquella España rural, abúlca y pintoresca, pero se acostumbra a ellos y apenas indaga en sus causas, obsesionado por ordenar el desorden criminal al que se enfrenta mediante el análisis lógico que tanto sorprende a su Watson particular, el inefable don Lotario.

La verdadera novela negra española de la época, entendiéndola por tal la que intenta instaurar un realismo social crítico, influida por las obras de Dos Passos, Hemingway, Truman Capote y el neorealismo italiano, surgiría en 1954 con la aparición de “Los bravos”, de Jesús Fernández Santos, y “El fulgor y la sangre”, de Ignacio Aldecoa. En ambas no hay detectives ni complejos análisis lógicos para desentrañar un enigma, pero sí está presente el relato de una España sórdida que no ha superado los desgarros de la guerra civil y la Gran Bruma de un Estado policial angustioso.

Esta sugerencia de falta de libertades, hilada de corrupciones, la volverá a ensayar Lacruz en “El ayudante del verdugo” (1971). Diez años antes Luis Martín Santos había mostrado en “Tiempo de silencio” un retrato negro y desgarrado de los arrabales del Madrid de finales de los años 50.

Esa herencia literaria, aderezada con mayores dosis de humor, tal vez porque la agonía del franquismo permitía intuir ya la salida hacia un mundo menos oscuro, está presente en “Si te dicen que caí” (1973) de Juan Marsé y en gran parte de la obra posterior de este narrador barcelonés. Y se hará netamente novela negra en “La verdad sobre el caso Savolta” (1975) de Eduardo Mendoza, publicitada por el editor como novela policíaca con todos los arquetipos posibles del género: “intriga, acción, sorpresa permanente”.

## **Los negros 80**

La transición democrática coincide con la proliferación de colecciones editoriales dedicadas a recoger títulos básicos de la narrativa negra norteamericana, francesa e italiana: “Novela Negra”, “Etiqueta Negra”, “Alfa 7”, “Cosecha Roja”, “Crimen & Cía”. Los títulos clásicos del cine negro dirigidos por Howard Hawks, Jacques Tourner o John Huston se proyectan continuamente en ciclos de arte y ensayo y en colegios mayores.

Mientras la situación política se va aclarando poco a poco, la cultura se tizna de negro y alcanza a la literatura, aunque en ocasiones las incursiones en el género de autores como Antonio Muñoz Molina con “El invierno en Lisboa” (1987) desaprovechan esa corriente realista iniciada unos años antes, y formulan un juego estético metacineamatográfico de excesivo

peso formal. Esta novela parece confeccionada con el mismo patrón que un thriller norteamericano con música de jazz tocada al saxo. Los nombres de los personajes recuperan la sonoridad anglosajona de la novela popular española, como si el centro de gravedad del país siguiera desplazado.

Juan José Millás (con "Visión de la noche"), Soledad Puértolas ("Queda la noche"), Javier García Sánchez ("Continúa el misterio de los ojos verdes"), Lourdes Ortiz ("Picadura mortal"), Fernando Savater ("Caronte aguarda") y hasta Juan Benet ("El aire de un crimen") hacen incursiones en el género con mayor o menos fortuna, mientras un grupo de autores, en su mayoría procedentes del Periodismo, centran gran parte de su producción en crear una novela negra autóctona, aunque claramente ligada a la tradición de los grandes clásicos extranjeros.

El fenómeno permite incluso la aparición de revistas mensuales dedicadas a publicar relatos e historietas nacionales y extranjeros de carácter policíaco: "Calibre 38", "Detective Stories", "Dick Tracy" y, sobre todo, "Gimlet", dirigida por Manuel Vázquez Montalbán, que toma el título de la bebida preferida por el detective privado de Chandler, Philip Marlowe. Una elección que subraya aún más el escoramiento hacia la narrativa foránea, algo que hubiera sido fácil de evitar eligiendo, por ejemplo, el nombre de la bebida más popular de los personajes que pueblan la Región de Benet: "Castillaza".

De todo este grupo de escritores negros sobresale Vázquez Montalbán, creador del detective privado español más popular, Pepe Carvalho, un ex agente de la Central de Inteligencia Americana (CIA), ex miembro del Partido Comunista catalán (PSUC), empedernido gastrónomo y en algunos episodios de su larga serie -más de doce títulos y varias colecciones de relatos- claramente influenciado por el tremendismo literario hacia algunos personajes del que hace gala Camilo José Cela en títulos como "La colmena".

Ese desapego que muestra por los personajes, el intento de ensayar una novelística política, siguiendo la huella de Leonardo Sciacia, y el oscuro nacimiento de Carvalho como secundario de un extraño relato experimentalista -"Yo maté a Kennedy" (1972)- no impiden que títulos de Vázquez Montalbán como "La soledad del manager" (1977) o "Los mares del Sur" (1979) formen parte de la mejor novela negra española, aunque excesivamente conectada al relato periodístico social que el autor también ha practicado en ensayos como "Crónica sentimental de la transición".

La excesiva prolongación de la serie Carvalho ha ido descafeinando su peso literario en favor de esa otra faceta de cronista social de la que Vázquez Montalbán parece incapaz de desligarse.

A su zaga figuran otros nombres como Juan Madrid y su detective ex boxeador Tony Romano, Pedro Casals junto al personaje Lic Salinas, Jorge Martínez Reverte y su reportero Julio Gálvez -que acaba de regresar cansado y crepuscular en "Gálvez en la frontera"-, o el ya mencionado Francisco González Ledesma que, liberado del pseudónimo Silver Kane, logró el Premio Planeta en 1984 con "Crónica sentimental en rojo", una de las aventuras de su viejo policía barcelonés Méndez. Hay en esta nómina de autores y personajes hasta una mujer policía, la inspectora Petra Delicado, de la que Alicia

Giménez Bartlett ha escrito ya cuatro entregas en las que su heroína aparece acompañada del subinspector Garzón.

Con un estilo más provocador, que la crítica ha calificado en ocasiones de "postmoderno", el reportero Mariano Sánchez Soler hurga en los archivos periodísticos para descubrir la cara más negra de España en "Carne fresca", "La sonrisa del muerto" -en donde aparece su pareja de policías Galeote y Pulido-, "Festín de tiburones" y "Para matar".

Carlos Pérez Merinero opta por los psicópatas en unas novelas de extraña fuerza, difícilmente catalogables como policiales pero contundentemente negras: "Días de guardar", "El ángel triste" o "Las noches contadas". Y Andreu Martín indaga sobre las oscuras relaciones entre el policía y el delincuente en "Prótesis", el mundo de la droga más degradado en "El caballo y el mono", la entrada en España de las organizaciones criminales internacionales en "Barcelona Connection" y la seducción que ejercen los asesinos en su reciente "Bellísimas personas", premio Ateneo de Sevilla y galardonada en la última Semana Negra de Gijón que dirige Paco Ignacio Taibo II, novelista negro de origen mexicano.

Sólo tres títulos compitieron con Andreu Martín por el premio gijonés, lo que da una idea de la decadencia del género, que ha perdido pulso conforme los novelistas españoles han ido abandonando el realismo y las nuevas generaciones de escritores que se acercan a lo policíaco, como Juan Bonilla ("Nadie conoce a nadie") o Lorenzo Silva (vencedor del Premio Nadal del año pasado con "El alquimista impaciente"), se decantan por la vertiente literaria del enigma.

Los más pesimistas dicen que la novela negra española ha muerto, los menos aseguran que agoniza. Existen muchas pruebas de ese deterioro. Eduardo Mendoza ha llevado el género al absurdo con su personaje sin nombre que -tras los éxitos de "El misterio de la cripta embrujada" y "El laberinto de las aceitunas"-, en la última y reciente entrega, "La aventura del tocador de señoras", acaba convertido en un surrealista Hércules Poirot catalán.

Se huye de la realidad y vuelve la fantasía, como si la realidad estuviera reñida con la capacidad fabuladora y la imaginación. Hasta Ana María Matute, una de las pioneras de la Generación de los 50, en la que Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Fernández Santos y ella misma trataban de arrojar una mirada crítica a la realidad social del momento, bate ahora récords de ventas con "Olvidado Rey Gudú", en donde prima lo fantástico irreal, en una especie de Tierra Media al estilo Tolkien poblada por elfos y duendes.

Las cosas son como son, qué se le va a hacer. Pero, por fortuna, hoy no hay entre nosotros mandarinatos culturales con la fuerza de arrastre suficiente como para imponernos, con ese fundamentalismo exclusivista que nos ha caracterizado siempre, esta o aquella tendencia. Así que celebremos la salida de nuevos títulos como el de Guelbenzu y Aparicio y alegrémonos de que, por estupenda paradoja en este caso, La Gran Bruma vaya a servir para poner luz de la buena en un panorama narrativo que se nos estaba sumiendo en unas tinieblas tan espesas como el chocolate.